

ENSAYOS

Los centros financieros y comerciales de la Cuenca del Pacífico

Jesús Silva-Herzog F.

Es indudable e impresionante la importancia que la Cuenca del Pacífico ha adquirido en los últimos años, tanto para los países que participan directamente en los procesos económicos generados al interior de la misma Cuenca, como para el acontecer de la economía mundial. No hay reunión, ni conferencia internacional sobre cuestiones económicas generales, finanzas, deuda externa o medio ambiente en la que no haya una referencia reiterada a la importancia que tiene para la atención de esos problemas la Cuenca del Pacífico y, en especial, Japón. Lo importante de esas referencias no es sólo el recuento histórico de lo que ha venido aconteciendo en esa región del mundo, sino el hecho de que están concentradas esencialmente en que en la propia Cuenca del Pacífico, y en la posible participación de la economía japonesa, puede estar gran parte de la solución de esas cuestiones.

Vivimos en un mundo cada vez más unido e interdependiente; esto es una realidad que no siempre se reconoce en el manejo de la política internacional, pero que es ya un hecho claro en lo que se refiere a los mercados financieros, de crédito y de valores, en donde es difícil hablar de fronteras o de países individualmente considerados. Más correcto resulta la referencia a problemas de carácter global y mundial, y a mercados que operan 24 horas al día en forma permanente. Lo mismo podemos señalar en cuanto a los problemas del medio ambiente, en donde identificar fronteras resulta totalmente ilusorio.

Hace poco tuve oportunidad de participar en un grupo independiente que trató de analizar la evolución de los flujos financieros en el mundo en los años recientes; estuvo presidido por el ex canciller de la República Federal de Alemania, Helmut Schmidt, y en él participaron gente destacada de otras latitudes, como

el señor Trudeau, ex primer ministro de Canadá, y el señor Ovasanyo, ex presidente de Nigeria. Me tocó el honor de ser el miembro que, de alguna forma, representaba a América Latina. El informe que se produjo y que ha empezado recientemente a circular tiene por título *Un mundo unido*; en él se plantea la tesis básica de que los problemas a los que se enfrentan las distintas regiones del mundo requieren de una solución en donde la participación de los otros se vuelve cada día más evidente. El éxito que una nación pueda tener en sus programas depende —y así lo reconoce el informe— cada día en forma más clara de lo que acontece en el resto de las naciones. Es a la luz de este razonamiento que abordaré diversos aspectos de una de las regiones del mundo que han evolucionado sorprendentemente en los últimos años. Para ello, debemos tener presente como premisa básica que en México hemos mantenido una propensión excesiva al mirar hacia el norte y nos haría bien extender nuestra mirada hacia otras latitudes del sur, del este y del oeste.

En este escrito se tratarán, principalmente, cuestiones de índole financiera y comercial buscando ubicar a la Cuenca del Pacífico precisamente dentro de la problemática actual que padecemos buena parte de los países en desarrollo y concluyendo en el posible papel que ese grupo de países eventualmente puede aportar a la solución de nuestros problemas. Sin embargo, sólo se harán referencias particulares a Japón, no porque se menosprecie o minimice la importancia que tienen los otros países integrantes de la Cuenca, sino porque en el caso mexicano y de América Latina será la participación de Japón, al menos durante los próximos diez años, la que tendrá una importancia particular para nuestros esfuerzos.

Conviene tener presente que la economía mundial en los últimos siete u ocho años ha registrado una expansión sin precedente. Los países industriales (Estados Unidos, Europa, Japón, principalmente) han registrado en dicho lapso una tasa de crecimiento sostenido sin parangón en la historia reciente del mundo. Lo han logrado, además, dentro de un clima de estabilidad de precios con presiones inflacionarias altamente controladas.

El ritmo promedio de crecimiento en estas economías ha sido superior al 5%, en tanto que su índice de precios ha sido inferior al 5% como promedio anual en los últimos años. De manera un tanto paradójica y contradictoria, esta expansión de los países industriales ha estado acompañada por una etapa que podemos caracterizar como una de las más críticas y difíciles de las últimas décadas para los países en desarrollo; esto es especialmente cierto para América Latina y África, quienes en estos años han tenido que atravesar por un periodo de estancamiento o retroceso en sus ingresos por habitante y por presiones en el aumento de precios en la mayoría de los países que integran estas regiones.

Mientras el producto interno bruto en los países de bajos ingresos ha pasado de 140 a 270 dólares en el periodo 1965-1987, en los países de ingresos medios, de los cuales México forma parte, el ingreso per cápita se ha elevado de 980 a mil 680 dólares anuales. Por su parte, en los países de ingresos altos la evolución ha sido de 8 mil 820 a 14 mil 880 dólares por habitante. La brecha entre los países ricos y los países pobres se ha ensanchado más y las perspectivas en el plazo inmediato indican que esta tendencia puede continuar en los próximos años. Esto es importante subrayarlo, porque considero que ahí se encuentra gran parte de los problemas fundamentales que enfrentan los países en desarrollo. Así, a la vez que los países industriales han mostrado una expansión sin precedente, en el área en desarrollo hemos padecido un periodo crítico, también sin precedentes, de estancamiento e incluso de retroceso en los niveles de vida y de bienestar de la población.

Es importante destacar, sin embargo, que esta inédita expansión en las economías de los países industriales —medida como se

anotaba arriba en términos del crecimiento en el tamaño de sus economías, así como de su participación en el volumen del comercio mundial— no ha estado, por supuesto, exenta de problemas importantes. Tal vez el que mayor significación tenga es que esta evolución ha estado acompañada de graves desequilibrios entre los principales actores del acontecer económico mundial. Así, mientras Estados Unidos ha acumulado un exorbitante desequilibrio comercial y de finanzas públicas, Japón y Alemania Occidental han trabajado en sentido inverso y han acumulado superávits comerciales de magnitud extraordinaria. De tal suerte que en este momento una de las características básicas de la economía mundial es esa expansión rápida que se ha registrado, pero junto a ello un desequilibrio fundamental entre las tres economías más importantes del mundo: desequilibrios negativos del lado de Estados Unidos y positivos por el lado de Japón y Alemania Occidental. Es posible que muchas de las decisiones fundamentales de política económica en los próximos años estén precisamente condicionadas por la necesidad de corregir el desequilibrio en Estados Unidos, y de analizar y defenderse, por así decirlo, de las consecuencias que este ajuste va a tener en las otras economías importantes del mundo. Esto es, el “ajuste al desajuste” va a tener una influencia altamente significativa en las decisiones que se observarán en los próximos años.

Los siguientes datos estadísticos ilustran con claridad el problema: durante los últimos seis o siete años, la economía de Estados Unidos ha venido registrando un desequilibrio en su balanza de pagos, esto es, en sus cuentas con el exterior, de magnitudes difíciles de manejar o de sostener en el corto plazo. Así, ha pasado de un desequilibrio negativo en 1982 de 8.7 mil millones de dólares a otro de 46 mil millones en 1983, hasta llegar a 154 mil millones de dólares en 1987 y a 135 mil millones de dólares en 1988; en 1989 se habría registrado una ligera reducción sobre estas cifras.

Por contra, Japón registró en 1982, siete mil millones de dólares de resultado positivo, para ir ascendiendo en 1986, 1987 y 1988 a un nivel anual de aproximadamente 80 mil millones de dólares positivos. Junto con Japón, Alemania (en menor grado pero igualmente significativo) se encuentra en este momento con alrededor de 45-50 mil millones de dólares como resul-

tado positivo en sus cuentas con el resto del mundo. ¿Por qué ha pasado esto? Buena parte de la respuesta resulta del hecho claro y evidente que la economía estadounidense ha estado viviendo por encima de sus propios medios, es decir, que ha comprado más de lo que logra vender al exterior, ha consumido más de lo que ahorra, e invertido más recursos de los que tenía disponibles. Esta es característica de una gran cantidad de los países en desarrollo y, en cierto modo, de la economía mexicana. Importamos más de lo que logramos exportar en muchos años, consumimos más de lo que teníamos y nos endrogamos por la diferencia. Lo mismo le ha sucedido a Estados Unidos, quien es, como consecuencia de estos desequilibrios, el deudor más importante del mundo en la actualidad. Por eso cuando se me ha preguntado qué pienso sobre el "club de deudores", contesto en ocasiones, en plan de broma, si va a entrar en él el deudor más importante en el mundo, que es precisamente Estados Unidos.

Japón es desde hace tres o cuatro años el acreedor más importante en el mundo. Mientras que Estados Unidos debe a la comunidad mundial un poco más de 500 mil millones de dólares, monto relativamente superior a la deuda latinoamericana acumulada, Japón tiene una posición acreedora, ligeramente por debajo de los 350 mil millones de dólares. En el fondo de este desequilibrio subsiste, como en el caso mexicano, un desfase en las finanzas públicas de Estados Unidos, cuyo déficit se ha venido acumulando continuamente sin que se haya corregido la diferencia entre los ingresos y los gastos; cuando ese déficit se vuelca a través de distintos mecanismos en el sector externo provoca los desajustes en balanza comercial ya referidos anteriormente.

Por otra parte, el hecho de requerir volúmenes tan importantes de recursos para financiar sus desequilibrios, orilla a las autoridades estadounidenses a mantener un nivel de tasas de interés elevadas en términos reales para que resulte atractivo al resto del mundo colocar sus fondos excedentes dentro de la economía de ese país.

Buena parte de estos resultados son también consecuencia de que hasta septiembre de 1985, cuando la Oficina del Tesoro esta-

dounidense inició una nueva estrategia, el dólar se mantuvo sobrevaluado, en tanto que el yen japonés y el marco alemán estuvieron subvaluados. Debemos recordar que con una moneda sobrevaluada la exportación se dificulta y la importación se facilita. La experiencia mexicana durante 1981 es claramente ilustrativa a este respecto: por esas fechas se decía de manera reiterada que no había nada más barato en nuestro país que el dólar, precisamente porque el peso estaba sobrevaluado y resultaba especialmente atractivo comprar productos nacionales antes que mercancía de contrabando. Actualmente nuestra economía se encuentra ligeramente más abierta y no hay necesidad de hacer esas compras, pero en aquella época era mucho más atractivo viajar al extranjero que viajar al interior del país, y nuestras exportaciones se dificultaban al resultar especialmente caras para el comprador extranjero. En todo ello resalta una paradoja de las relaciones económicas México-Estados Unidos: nosotros recibimos con frecuencia de ese país la recomendación de que es necesario reducir el déficit fiscal, y decimos que en el fondo de estos desequilibrios se encuentra justamente una situación de déficit en las finanzas públicas de Estados Unidos; recibimos la sugerencia de que no conviene tener la moneda sobrevaluada, y la sobrevaluación del dólar fue, en buena parte, lo que estimuló la aparición de esos enormes desequilibrios comerciales; se nos reitera además que no conviene vivir por encima de los propios medios, y son precisamente esos tres elementos fundamentales los que explican gran parte de la característica de la economía mundial en este momento, así como la aparición del deudor y del acreedor más importantes.

Por eso México, que ha sido capaz de reducir el déficit fiscal de una manera importante, de alinear su moneda de manera más eficaz que la que imperaba en 1981, podría dar, si ese fuera el caso, algunos consejos y algún programa de asistencia técnica a la economía estadounidense para que hagan lo que, con frecuencia se nos dice, conviene hacer a nosotros mismos.

Si miramos con objetividad el panorama económico mundial tendremos que concluir que estos desequilibrios —positivos en el lado de Japón y Alemania, negativos en el de Estados Unidos— no van a corregirse a corto plazo. Es-

tados Unidos, por razones diversas, no podría corregir su déficit fiscal en el corto plazo, ni virar sus cuentas con el exterior o reducir de manera significativa su enorme déficit de balanza de pagos de entre 130 a 140 mil millones de dólares por año. Y si completamos nuestro análisis respecto a la economía japonesa, también tendremos que concluir que es sumamente difícil que a corto plazo Japón se convierta en un país importador que reduzca sus exportaciones de modo tal que corrija el superávit enorme que tiene en sus cuentas externas, de más de 80 mil millones de dólares por año.

En septiembre de 1985, unos días antes del llamado acuerdo del Hotel Plaza de Nueva York, la divisa japonesa se cotizaba casi en 300 yenes por dólar. En este momento el yen pasa por un proceso de revaluación que lo ha colocado en las últimas semanas entre 120 o 130 unidades por dólar, lo que significa más de un 50% de revaluación. Cualquiera hubiera podido pensar que si Japón producía sus mercancías de exportación caras e importaba productos baratos, ese resultado positivo se reduciría de manera significativa, y que por ende nadie importaría artículos japoneses. Igualmente se creía que Japón aumentaría sus compras de artículos provenientes del exterior, pero es tal la estructura de la economía japonesa (que está orientada desde hace décadas para expandir las exportaciones y ahorrar en las importaciones), que difícilmente podremos ver resultados en esta dirección en el corto plazo.

Esto ha planteado la disyuntiva de si esta postura de liderazgo mundial que practica Estados Unidos puede mantenerse en el mediano plazo, cuando ahora tiene que pedir prestado a los otros actores importantes en el concierto mundial para sufragar sus propios gastos. Japón está atrapado en Estados Unidos, puesto que casi el 40% de su comercio y el 60% de sus movimientos de capital se realizan con ese país, y Estados Unidos está atrapado con Japón, quien financia buena parte de los gastos generales del gobierno estadounidense a través de la compra de los papeles de esa administración.

No estamos en una situación particularmente nueva de liderazgo mundial; ahora no se cuenta solamente con el liderazgo económico,

comercial o financiero, ni éste reside en la misma persona o en el mismo país por primera vez —a mi modo de ver— desde que se tiene memoria de estos asuntos. Es muy posible un desplazamiento progresivo hacia una estructura bipolar, es decir, a una situación que pudiéramos llamar de “bihegemonía”, para no hablar de una hegemonía como estábamos acostumbrados a hacerlo en el pasado.

Para dar muestra del papel extraordinariamente importante que Japón empieza a jugar, o ha estado jugando en los últimos años, puede señalarse un dato sorprendente de la evolución de su economía: en 1960 su producto representaba el 3% de la economía mundial; mientras que el de Estados Unidos significaba el 36%, es decir, era 12 veces más grande. En 1970, la participación de Japón en la economía mundial había crecido al 9%, en tanto que la de Estados Unidos descendió al 23%; la relación entre ambos países ya no era de 12 sino de dos y media veces. De acuerdo con los últimos datos disponibles (1987-1988), la economía japonesa representa el 12% de la economía mundial, y la de Estados Unidos ha conservado el 23%, lo cual nos muestra una proporción de dos veces la economía de Estados Unidos frente a la japonesa.

Desde el punto de vista per cápita, considerando el tipo de cambio, la población japonesa disfruta actualmente de un ingreso superior a la de Estados Unidos. Veamos otro indicador de carácter social importante: en 1936 la esperanza de vida en la población japonesa era para los hombres de 46 años y para las mujeres de 49; en 1988 ha pasado a 75 y 81 años respectivamente. Es el país con la expectativa de vida más alta en el mundo.

Sabemos muy bien que la japonesa es una economía altamente dependiente del comercio y por consiguiente de las importaciones. Por ejemplo, el 99% de sus requerimientos energéticos provienen del exterior; por eso, cuando en 1973 sobreviene el incremento del precio del petróleo por parte de los países de la OPEP —que asciende de golpe de tres a más de 10 dólares el barril— la economía japonesa reacciona y de 1973 a 1986 reduce el consumo de petróleo en más de 36%. Esto no impidió, sin embargo, que la economía creciera en el mismo lapso en 68%, logrando un ahorro de energía por unidad producida de más del 50%. Así, Japón logró, junto con la actitud de los

otros países consumidores, que en junio de 1981 se le diera la vuelta al mercado petrolero para transformarlo de un mercado de vendedores a uno de compradores e iniciar la tendencia de descenso de los precios.

Por otra parte, las relaciones comerciales y financieras de Japón no cuentan con una estructura ampliamente diversificada como la han tenido otros países que han jugado en diferentes épocas el papel de líderes en el mundo (léase España, Inglaterra o Estados Unidos). En el caso japonés existe una alta concentración de su presencia económica en Estados Unidos y el resto de los países de la Cuenca del Pacífico: 40% de su comercio se practica con Estados Unidos, 20% con Asia y 15% con los países integrantes del mercado europeo. El anterior panorama nos da una perspectiva más clara de lo que se puede esperar de este grupo de países para la solución de muchos de los problemas de México y de América Latina en general.

En este esquema, América Latina representa una porción modesta de las transacciones comerciales niponas. Si sumamos el total de la región, el promedio de las exportaciones y las importaciones que Japón realiza con América Latina está por debajo del 5%, en donde México ocupa un alto peso específico por sus suministros de hidrocarburos, y con una muy alta concentración de la relación económica, comercial y financiera en unos cuantos países del área, principalmente Brasil, México y Chile. Con el resto de los países de la región, los contactos comerciales y financieros que pueden ser relativamente importantes para los países individualmente considerados, no lo son de ninguna forma dentro de la estructura económica japonesa.

En el caso mexicano, la relación comercial con Japón se sitúa alrededor del 6% de nuestras exportaciones y otro tanto en nuestras importaciones. En materia de inversión extranjera Japón representa menos del 10% del total acumulado a la fecha en esta materia, con una alta concentración en la industria manufacturera y, últimamente, una tendencia creciente a participar en el turismo y en la industria maquiladora.

centrada su atención y la seguirán teniendo durante los próximos años en los tres países anteriormente mencionados: Chile, Brasil y México. No obstante, existe también una inversión japonesa muy importante en Panamá, pero ésta se debe en parte a que disfruta de algunas facilidades tributarias, así como por los centros de ultramar que existen o existían en ese país.

América Latina ha atravesado por una etapa particularmente difícil a partir de la llamada crisis de la deuda. De acuerdo con el último informe de la CEPAL la economía de América Latina está estancada. Al finalizar el año de 1989 el ingreso per cápita en la región será en promedio 10% menor que el de 1980, e incluso habrá países cuyo promedio será equivalente al de hace 20 años. Por eso se habla de una década perdida.

Por otra parte, el fenómeno de la inflación que se pensaba había quedado atrás ha vuelto a tomar sus fueros en América Latina, y hoy probablemente constituya, junto con el de la deuda externa, uno de los problemas fundamentales de la región en su conjunto.

En este momento existen países en América Latina con tasas de inflación superiores al 1 000%, y hay algunos que han tenido ya experiencias que se asemejan a aquellos primeros años de la década de los veinte en Alemania, con tasas de inflación como la boliviana, que en 1985 superó el 25 000% anual. Economías importantes del subcontinente, como Brasil o Argentina, no han escapado a este fenómeno y se prevé que el promedio probable para América Latina en su conjunto será, en 1989, superior al 500 por ciento.

Este marco es importante para apreciar correctamente el esfuerzo que México ha hecho en este tenor y evitar caer en situaciones hiperinflacionarias que provocan posteriormente problemas de toda índole.

Un tercer elemento que hemos padecido en estos años es el de la transferencia negativa de recursos, esto es, que la región en su conjunto, a partir de la crisis de la deuda, está transfiriendo una suma muy superior a la que recibe del exterior. Para 1989 las transferencias de capitales al exterior serán de alrededor de 35 mil millones de dólares. Esto representa mucho más que el superávit en cuenta comercial que la región va a obtener durante este año, y si lo medimos de manera acumulada, de 1982 a

Se puede deducir de pronunciamientos oficiales japoneses que América Latina les interesa poco como región, y que tienen con-

1989, América Latina habrá transferido a los países acreedores una suma superior a los 200 mil millones de dólares, hecho que claramente nos coloca en una situación que hace particularmente difícil retomar el camino del desarrollo económico.

De ahí la insistencia en que la condición primera para retomar la senda del desarrollo y el crecimiento, acto necesario desde el punto de vista económico, social y político, es reducir el peso del servicio de la deuda externa, como elemento básico para reducir la transferencia negativa de recursos.

Como ya se anotó, en 1989 América Latina en su conjunto transferirá al exterior 35 mil millones de dólares, de lo que se desprende que, a pesar de las múltiples negociaciones emprendidas, el problema de la deuda externa de América Latina no está resuelto y probablemente no se resolverá en un breve plazo.

El reconocimiento de que estamos padeciendo una transferencia negativa de recursos y de que este hecho impide crecer, nos ha hecho voltear cada vez con mayor insistencia hacia Japón y la Cuenca del Pacífico, como una posible solución a estos problemas. Se acepta con esto que Estados Unidos, que ha perdido su lugar de liderazgo económico y que tiene una situación deficitaria en sus finanzas públicas y en su sector externo, no está en condiciones de resolver este problema; tampoco podemos fincar esperanzas con respecto a la Comunidad Económica Europea debido a que los países conformantes se encuentran ocupados en su nueva etapa integracionista que iniciará en 1992.

¿Cómo reciclar los excedentes japoneses, los 80 mil millones de dólares por año que registran sus cuentas externas? ¿Cómo hacerlo en condiciones diferentes a las actuales en que gran parte de esos recursos se destinan a financiar el desequilibrio de la economía estadounidense? ¿Cómo modificar esos patrones de comercio y de finanzas, y hacer que el reciclaje beneficie de manera gradual y creciente a los países en desarrollo? Estas son algunas de las interrogantes que mayor importancia tendrán desde el punto de vista de la relación de un país como México con los países de la Cuenca del Pacífico y especialmente con Japón.

¿Cómo podemos hacer para que esa situación superavitaria se traduzca en soporte y estímulo para la recuperación de nuestras economías? Hay que reconocer en primer lugar que buena parte de los excedentes que se registran en la economía japonesa están en manos del sector privado, hecho que con frecuencia soslayamos en América Latina cuando se negocia con Japón, a cuyo gobierno se le plantean diferentes solicitudes como si fuera éste el que tuviera la posibilidad de decisión sobre esos excedentes que hemos apuntado. De este hecho surge la necesidad de captar dichos recursos vía intermediarios financieros, públicos y privados, y de ahí poder pensar en el reciclaje hacia otros lugares del mundo.

Un dato adicional importante es que Japón empieza a reconocer su responsabilidad frente al resto de la economía mundial. Durante las últimas décadas, la economía japonesa y el esquema político de este país se habían concentrado en sus propios intereses de manera, por supuesto, prioritaria, sin dar prácticamente ninguna atención a lo que aconteciera en el resto del mundo, a pesar de su enorme injerencia en las corrientes comerciales.

Hoy en día, el problema del reciclaje de este superávit es motivo de una discusión económico-política cada vez más frecuente por la responsabilidad implícita que tiene Japón frente al resto del mundo, que de alguna manera ha contribuido a ese resultado extraordinariamente positivo que registra su economía.

Es también importante reconocer que Japón tiene poca experiencia en materia de ayuda externa: hasta hace unas cuantas décadas era receptor de ese tipo de asistencia y no fue sino unos años después de la segunda guerra mundial, otorgando algunos gastos de reparaciones a países asiáticos previamente invadidos por él, cuando se inicia su programa de ayuda exterior.

Este problema de reciclaje ha tenido dos vertientes fundamentales en Japón: por una parte, se plantea la necesidad de reorientar la economía, disminuyendo el enorme peso que tiene en su comercio el sector exportación —que es la fuente de expansión de su economía— y buscando fuentes de expansión dentro del mercado interno. Japón es un país que todavía enfrenta enormes deficiencias en materia

social, que padece carencias importantes en materia de vivienda, de servicios urbanos, de agua potable, etc., situación que ha llevado a que entre la población se diga que son pobres en su país y ricos cuando salen de él, pues el yen es muy bien recibido en todo el mundo.

Se trata, en este enfoque, de disminuir el peso y la atención de las exportaciones como meta de desarrollo y encauzar los recursos liberados del lado de las fuerzas internas, canalizando buena parte del gasto público japonés a necesidades domésticas internas. Compartiendo esta opinión está el célebre informe del señor Mayekawa, propuesto al primer ministro Nakasone y hecho público en una de las reuniones regionales cumbre de 1987.

Por otra parte, un segundo enfoque considera que la aportación japonesa al mayor equilibrio mundial debe darse vía transferencia de recursos financieros de ese país hacia el resto del mundo. En esta última vertiente se encuentra el no menos conocido informe del Instituto Wider, con ligas muy directas con la Universidad de las Naciones Unidas, que a su vez tiene su sede en la ciudad de Tokio.

El informe del Instituto Wider, que fue precedido por los trabajos de un destacado economista japonés, el doctor Saburo Okita, plantea distintos mecanismos por medio de los cuales el sistema financiero japonés captaría ahorros del sector privado de ese país (que, como ya se ha dicho, dispone de gran cantidad de recursos) y después lo transferiría hacia el resto del mundo en una suma que se, ha mencionado, es de aproximadamente 25 mil millones de dólares, vía distintos instrumentos.

Existe una propuesta más, la del ex secretario de Hacienda japonés, el señor Miyasawa, que plantea la necesidad de crear un fondo de infraestructura mundial y hacer que el Banco de Desarrollo Japonés, que hasta este momento canaliza todos sus recursos hacia inversiones en el interior del país, cambiara su orientación básica y se dedicara a hacer pre-

sas, carreteras, y otro tipo de inversiones en los países en desarrollo.

El asunto ha dado lugar a un sinnúmero de discusiones en torno de éstas y otras iniciativas que han surgido en otros centros de opinión; se han escuchado, por ejemplo, propuestas de distintos líderes japoneses que ofrecen 30 mil millones de dólares para América Latina e igual cantidad para México, y otras versiones de ese tipo. Por mi parte considero que existe una actitud menos optimista que la planteada por estas propuestas japonesas y que el apoyo que los países en desarrollo —y América Latina en concreto— podrán esperar razonablemente de Japón y de los otros países de la Cuenca del Pacífico es relativamente modesto.

En cuanto a la llamada ayuda oficial para el desarrollo, es decir, aquella que tiene un elemento de concesión, es necesario resaltar que los japoneses están por debajo del promedio de los países industriales y aun cuando en términos optimistas se planteara su duplicación en los próximos cinco años, las sumas que involucra el renglón de dicha ayuda no son significativas para el problema al que nos enfrentamos.

Buena parte de los recursos oficiales, según parece, se van a canalizar preferentemente a los organismos multilaterales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que están planeando incrementar las cuotas de sus miembros, así como al Banco Interamericano de Desarrollo y otros bancos regionales.

Por mi parte, considero que la aportación japonesa a tales instituciones se incrementará de modo significativo, lo cual planteará un problema político interesante, ya que el incremento en sus aportaciones estará condicionado necesariamente a la introducción de cambios en el poder de votación en esas instituciones, y la hegemonía estadounidense que habíamos venido observando tendrá que compartirse de modo más claro.